chas dudas, pero, sobre todo, rebosante de una ciega confianza en la eficacia y belleza de lo que escribían sus autores. Naturalmente Kurt Wolff hubiera afeado a Perkins que estuviese tan pendiente del impacto de los libros de sus autores y, naturalmente, Perkins le hubiese respondido que había algo a lo que él, como editor asalariado que era, tenía que responder ante Charles Scribner's Sons & Wolff: la cuenta de resultados.

También T.S. Eliot tenía que responder a la cuenta de resultados: ésta no es un invento de las últimas décadas en las que todo el mundo da por bueno que vivimos en tiempos de literatura comercial, masticable, que necesita rendir beneficios para merecer salir a la luz (seguramente no ha habido otra época como la nuestra en la que tantos libros que salen a la luz sean deficitarios y haya tantos Kurts Wolffs buscando a 100 lectores para sus Roberts Walsers). Ciertamente, las opiniones de grandes editores como Jason Epstein en La industria del libro y Andre Schiffrin en La edición sin editores parecen inclinar la balanza hacia un panorama desastroso en el que «la edición de calidad» fue aniquilada en favor del libro comercial que satisface la demanda del día. Son testimonios tajantes que se proponen de alguna forma como algo más que un síntoma: la transformación del mundo editorial es resultado de los efectos de las doctrinas liberales sobre la difusión de la cultura, para lo cual el libro no puede ser más que una

GORDON LISH TENÍA UN MÉTODO: CORTAR 15 LÍNEAS DE CADA 20. POR MUCHO QUE DOLIERA, AL FINAL SIEMPRE TENÍA RAZÓN

SYLVIA BEACH, LA LIBRERA DE SHAKESPEARE & CO., SE HIZO EDITORA CON EL ÚNICO FIN DE SACAR 'ULYSSES'

mercancía sobre la que obtener grandes beneficios.

Puede que esos días lleguen -o puede que no-, pero lo cierto es que basta darse un paseo por una librería bien surtida para darse cuenta de que ni el panorama es tan aterrador ni es tan verdad que la edición de calidad ha sido arrasada. Y, aunque sea cierto que la necesidad de producción es enloquecedora y las novedades apenas duran unas semanas en las librerías, también lo es que internet se ha convertido en una librería de fondo como las de los años 60 y 70, en las que era fácil encontrar libros publicados una década antes. Así que acaso el problema no esté en la calidad de las ediciones.

ni en las decisiones de los Perkins de hoy, sino más bien en la curiosidad de los lectores, en sus necesidades o quizá en la peligrosa apuesta de la autoridad competente, que rige la educación, que parece empeñada en convencer a quien la padezca de que la literatura no es una necesidad.

Como se sabe, Pound hizo de editor de Eliot -como Kurt Wolff, empezó buscando 100 lectores para obras que creía que los merecían-. Aunque no firmaba con su nombre, sabía aliarse con pequeños editores para producir preciosos volúmenes. Eliot le mostró un largo poema que había escrito después de publicar Pru-frock y otras observaciones. Pound aplicó una tijera salvaje sobre el poema. La tijera es la herramienta favorita de los editores americanos, piénsese en lo que hizo Gordon Lish con los cuentos de Carver, que luego salieron en su versión original para que podamos comprobar si acaso no se pasó un poco con aquellos trasquilones que, en efecto, añadían miste-Barry Hannah llegó a declarar que Gordon Lish era un genio: tachaba de una página quince líneas y dejaba sólo cinco, y por mucho que le doliera al autor, Gordon Lish llevaba razón. «Era un genio», dijo Hanna. Genio es precisamente el título original de la película sobre Perkins. En el caso de Pound y Eliot, el

resultado es La tierra baldía. Las intervenciones de Pound transformaron un poema al que le sobraban datos y explicaciones en un misterioso artefacto que todavía hoy conmueve y pone en pie un mundo -el que empieza tras la Gran Guerra-. Después Eliot asumió labores de editor en la casa Faber & Faber y allí dio cobijo a nuevos poetas que renovarían la poesía inglesa: Auden y Spender, primero, a comienzos de los años 30, y Ted Hughes más tarde. También publicó en el año 39 ese cacao titulado Finnegans Wake con que se cerraba la obra de Joyce. Joyce tuvo también una editora colosal cuando nadie parecía interesado en su producción: Sylvia Beach, librera de la parisina Shakespeare and Company, en cuyas memorias brilla emocionante una página en la que tiene que ir a la estación de tren para recoger los primeros volúmenes del Ulysses, publicado con cubierta de azul griego. En su caso, la obra precede a la editorial: se hizo editora sólo para publicar el Ulysses

Pero ser editor es también una profesión de riesgo: hay leyendas que todos conocemos acerca de manuscritos de obras colosales arrojadas a la papelera por un editor. Y rechazos famosos como el protagonizado por Proust y Gide –el segundo era editor de la NRF cuando le llegó el primer volumen de la novela de Proust. En su caso fue la pereza la que le empujó a echar a un lado el tocho que Proust acabó imprimiendo a sus expensas.



Una escena festiva en el Barrio Chino de Ciudad de México, escenario de 'El complot Mongol'. TOMÁS BRAVO

LITERATURA EL CREADOR DE 'EL COMPLOT MONGOL'

RAFAEL BERNAL: EL ESCRITOR CON MENOS SUERTE DEL D.F.

El sello Jus descubre en España la esquiva obra del autor mexicano

P. UNAMUNO MADRID

La editorial mexicana Jus desembarca en España con un primer título que es una declaración de intenciones. Algo así como «hágase justicia aunque se hunda el mundo». El autor a quien se reivindica, a través de su libro de relatos *Trópi*co, es el casi desconocido Rafael Bernal, en quien se constata que el talento no siempre es suficiente.

Lo poco que los más enterados suelen saber de Bernal (1915-1972) es que escribió el libro fundacional de la novela negra en México, El complot mongol, y que fue hombre de natural inquieto, viajero incansable y de ideas políticas conservadoras que posiblemente influyeran en la escasa difusión de su obra.

El episodio más oscuro con el que se le relaciona es su detención después de que un grupo de sinarquistas (nacionalistas, católicos y anticomunistas) colocara una tela negra sobre la estatua de Benito Juárez en la Alameda Central del D. F. Bernal negó su participación en los hechos pero una foto de la Enciclopedia de México lo muestra leyendo un texto ante el micrófono en el momento en que se encapuchaba al ex presidente.

Sí es cierto que militó en el Partido Fuerza Popular, heredero de la Unión Nacional Sinarquista. El presidente Miguel Alemán le ofreció el indulto, pero él lo rechazó porque suponía reconocer su culpa. Después se desvinculó del movimiento.

Hay otros motivos que explican el olvido de Bernal. Uno es la falta



El escritor Rafael Bernal.

de un estudio exhaustivo de su creación. Además, muchos de sus libros fueron editados por sellos pequeños, desconocidos u olvidados como Calpulli, que sacó a la luz El fin de la esperanza en 1948 porque Stylo, la editorial que lo imprimió, temió represalias. Otra parte de su obra se dio a conocer por radio y televisión (y por tanto se perdió)... Y en México recuerdan que Bernal vivió lejos del país muchos años.

Estudió el bachillerato en Montreal; de vuelta a México probó suerte cultivando plátanos en Chiapas (de ahí surgen los relatos de Trópico); vivió en Nueva York y trabajó como guionista en Hollywood. En París estudió cinematografía y ejerció como corresponsal.

Enre 1941 y 1956 volvió a Ciudad de México, donde produjo la mayor parte de su obra literaria publicada y un sinnúmero de poemas, guiones, cuentos y obras de teatro. En el primer grupo hay que mencionar Caribal y Su nombre era Muerte, inquietante novela de ciencia ficción. De esa época son sus Tres novelas policiacas (también de Jus), cuya mera existencia desmiente que El complot mongol marcara el inicio del género negro en su país. Aquí el protagonista no es Filiberto García y sus andanzas con los pinches chinos, sino otro detective de nombre Teódulo Batanes inspirado en el padre Brown de Chesterton.

La vida viajera de Bernal se reanudó con un periplo venezolano en el que trabajó en TV adaptando novelas de Uslar Pietri y Rómulo Gallegos. Más tarde hizo carrera diplomática, que lo llevó a Honduras, Filipinas, Japón, Hong-Kong... Así sacó adelante otra de las facetas de su carrera, la de historiador.

En Lima volvió a publicar poesía y a escribir teatro, se integró en la vida cultural de la ciudad y terminó no sólo El complot mongol sino la que es considerada su obra mayor: El gran océano, una biografía del Pacífico, sus historias y sus gentes, que no se editó hasta 1992.

El clima de la capital peruana agravó la sinusitis de Bernal, que pidió por ello ejercer como empleado de embajada en otro lugar más seco. Berna fue el destino donde le sorprendió la muerte en 1972. Sus restos sólo regresaron a México 20 años después, coincidiendo prácticamente con la publicación de su libro predilecto.